

UN SANTO ESTUDIOSO. UN ASPECTO CENTRAL POCO CONOCIDO DEL PADRE ALBERTO HURTADO²

Al pensar en Alberto Hurtado (A.H.), poca gente lo asocia con un hombre de estudios, disciplinado y ávido de saber, de enorme capacidad intelectual y de horizontes muy vastos y profundos. La imagen cliché que predomina es la del padre bueno con los niños, amante de los pobres, orador fogoso que conmovía las multitudes.

Sin duda que A.H. fue una gran amigo de los niños y de los pobres. Pero desconocer u olvidar su dimensión intelectual y de hombre de estudio, es fallarle a él en algo central, es desvirtuar su imagen y pasar por alto un constitutivo de su misma santidad. Y mucho más si esto lo hacemos hablando a universitarios; y en una Universidad que lleva su nombre. Sería una injusticia para el P.H. y una omisión de graves consecuencias para nuestra Patria y para la Iglesia en general.

Recorriendo los escritos de A.H., desde sus cartas de colegial hasta sus artículos en *Mensaje*, poco antes de su muerte; desde sus primeras charlas pedagógicas al regresar a Chile, hasta los informes preparatorios al proyecto del Hogar de Cristo y su relato al Papa Pío XII sobre la realidad de la Iglesia de Chile; siempre llama la atención su esfuerzo por reunir datos obje-

¹ El P. Juan Ochagavía, SJ, es Doctor en Teología en la Universidad de Munich, Profesor en la Facultad de Teología U.C. de Santiago de Chile; fue Maestro de Novicios y Provincial de la Compañía de Jesús en Chile, Asesor del Cardenal Silva Henríquez y de los Obispos Chilenos junto con otros teólogos durante el Concilio Vaticano II y Asistente de la Compañía de Jesús.

² Conferencia dada en la *Lectio Inauguralis* del Año Académico 2005 en la Universidad Alberto Hurtado.



tivos para conocer una situación, su capacidad de análisis y de síntesis, lo vasto de sus perspectivas y el tono realista y esperanzador de sus proyectos.

En esta lección inaugural me he propuesto espigar en esta historia y ofrecerles una visión del hombre estudioso que fue A.H. Al hacerlo, quisiera lo tomáramos como otro desafío más que él nos presenta hoy día a la sociedad chilena y en particular a esta Universidad.

Un talento normal que se agiganta

De joven jesuita, Alberto alude varias veces a su “falta de talento” (8,13,21;12,3,xxiii)³ y “a su falta de aplicación al estudio” (9,13,22). En reacción a esto, se propone “estudiar mucho” (11,13,37) y seguir con “muchu docilidad las indicaciones de los profesores” (9,13,27). Esto resulta extraño, porque el que así habla es un joven abogado que terminó sus estudios de Leyes y Ciencias Políticas “con distinción unánime”⁴.

En el colegio de San Ignacio había sido un buen alumno, alumno de “excelencia”, pero no de los primeros. Pero este colegial que no se preocupaba por ser el primero de la clase durante el año, parece que se desquitaba leyendo en vacaciones, como lo sabemos por sus cartas a su amigo Manuel Larraín. De 16 años da cuenta a su amigo de una impresionante lista de lecturas (63,1) y lo invita a que “en lugar de llenarte la cabeza de novelas, leyeras algunos libros serios, que verías que te harían bien” (63,2), consejo que surtió efecto en Manuel, como se desprende de la carta siguiente (63,4).

Respecto a sus propias lecturas le cuenta en otra carta: «Aquí lo sigo pasando bien..Hoy acabé “García del Castañar”, de Rojas, y pienso seguir leyendo dramas clásicos españoles para formarme un estilo”. Parece que tomaba estas lecturas apasionadamente, porque le dice a su amigo que no escribe más largo “porque estoy muy apurado”» (63,4).

Como universitario

Ya alumno de derecho de la Católica, además del medio tiempo de trabajo rentado para ayudar a su madre, y de todas sus actividades apostó-

³ Citamos del *Archivo Alberto Hurtado*. El primer número corresponde a la carpeta, el segundo al documento y el tercero a la página.

⁴ *Positio, Documentos*, cap. III, doc. 6. En adelante Pos.

licas en la Congregación Mariana y con los pobres, siente necesidad de complementar las materias con otros estudios. Le dice a Manuel: “.. eso de seguir las leyes solas yo lo encuentro ridículo, fui a la Universidad y vi que no había más de tres horas de clase diarias, lo cual es una miseria”. Alberto quiere tomar clases de economía y un curso de dos meses y medio de contabilidad, y le pide a Manuel que lo acompañe en esto (63,8).

En Leyes fue un alumno destacado, el tercero de su clase (Pos. 31,39). En los Círculos de Estudio de la Congregación Mariana estudiaba los documentos de la Iglesia, especialmente los relacionados con la doctrina social, y todos los años escribía artículos sobre estos temas en el boletín *Efemérides Marianas*⁵.

En el colegio, Alberto había aprendido francés, siendo capaz de leerlo y hablarlo bien. En cartas de 1923 a Manuel, le cuenta que prepara su memoria y que en las tardes hace unos paseos en los que hace «unos feroces sermones “en franchuti” sobre *Le Prêtre, que peut il faire? Et beaucoup d'autres choses sur ce sujet. Je les trouve charmants,.. comme mes chants*» (63,17 y 18)⁶.

El inglés lo llegó a leer bien en la Universidad, lo utilizó en su tesis de licencia, y más tarde, en Irlanda y en sus diversos viajes, perfeccionó el lenguaje hablado. El italiano lo leía con facilidad. También en la Universidad, junto con su amigo Álvaro Lavín, estudió latín con el Padre Villalón, para ir así adelantando en los estudios que le exigirían en la Compañía de Jesús (Pos. 31,3). En las cartas que años más tarde tendrá que enviar al P. General como Consultor de la Provincia —que tenían que ser escritas en latín—, se echa de ver un buen dominio de esta lengua, y hasta se permite de vez en cuando algunas elegancias.

Las dos Memorias de Derecho, para recibirse de bachiller y licenciado en Leyes y Ciencias políticas, muestran su sensibilidad e inclinación a los problemas sociales de su tiempo: “Reglamentación del trabajo de los niños” (46 pp.) y “El trabajo a domicilio” (55 pp.). Esto nos indica una característica de su inteligencia, capaz de sentir empatía y moverse por el prójimo, en especial por los niños, lo que se continuará manifestando en su labor pedagógica en colegios y en el Hogar de Cristo.

⁵ Escribe 10 artículos entre 1919 y 1923.

⁶ «Hace unos feroces sermones “en franchuit” [en francés] sobre El Sacerdote, ¿qué puede hacer? Y muchas otras cosas sobre este tema. Yo los encuentro encantadores, ... como mis cantos» (N.d.T.).

Las dos Memorias de Derecho muestran asimismo algunas características intelectuales notables que crecerán a lo largo de su vida: pensamiento metódico, ordenado, fundado en hechos recogidos de la realidad (encuestas, visitas a las minas de carbón de Curanilahue), empleo de la legislación comparada (para lo que le servía su manejo de varias lenguas), honestidad para dar cuenta de los límites de su investigación, búsqueda de soluciones sensatas y realistas, no se contenta con párrafos bonitos sino que propone soluciones.

En la Compañía

Alberto ingresa de 22 años a la Compañía y se ordena sacerdote 10 años más tarde. Pero su tiempo de estudios y formación dura hasta fines de 1935, un poco más de 12 años. El 15 de febrero de 1936 llega a Chile con tres licencias (Leyes y Ciencias Políticas, Filosofía y Teología) y un doctorado (Pedagogía con mención en Psicología) y empieza una intensa labor como docente y sacerdote, dos realidades que él siempre las vivió unidas. Impresiona pensar que este hombre que sólo trabajó 16 años como sacerdote, haya vivido 30 años estudiando. Y que lo hizo con entusiasmo, dedicación y logros notables. Es algo que hoy conviene no olvidar.

Humanidades clásicas

Después del Noviciado Alberto estudió humanidades clásicas en Córdoba, Argentina, cosa que lo marcó muy hondo. Allí alternaban el arte, la literatura, la historia y las lenguas. Siguió perfeccionando su latín, estudió tres años de griego y aprendió a leer alemán por su cuenta, cosa que le fue muy útil en sus estudios de pedagogía y psicología, disciplinas en que imperaban los autores y los *Lexicons* alemanes.

En el Archivo hay una carpeta que contiene escritos de Alberto como estudiante. Se entremezclan apuntes espirituales suyos con ensayos y hasta con una poesía, “Bodas divinas”, que le dedica a su amigo Manuel Larraín el día de su ordenación sacerdotal en Roma.

Un escrito de más de 30 páginas trata de la Grecia del siglo V y IV antes de Cristo. El manuscrito está muy corregido, mostrando la lucha por el estilo. Alberto vibra con la democracia ateniense, con su escultura, letras y arquitectura. Se conmueve de admiración con las páginas del *Fedón*, de Platón, y traza un paralelo entre Sócrates y Jesucristo (12,2).

Al tema tan clásico griego de “¿Qué es un héroe?”, Alberto le con-

trapone la visión cristiana del “héroe apóstol”, que tiene algo de programático para él mismo (12,9).

Otro ensayo de 1927 desarrolla el tema de “La niñez y la literatura”. Es un estudio bien planeado, en que uno admira la sensibilidad de Alberto hacia el niño pobre y que preanuncia su labor con los niños en el Hogar de Cristo (12,12).

Otro ensayo sobre “El Mundo y la Cruz”, de Chesterton, trabaja el tema de la fe y el racionalismo en base a la afirmación del autor inglés: “Comenzáis destruyendo la Cruz y concluís destrozando el mundo habitable”. A este propósito, es bueno destacar el gusto de Alberto por la buena literatura contemporánea, que le proporciona materia de reflexión religiosa, y que es un hábito que mantendrá hasta el final de su vida.

El humanismo clásico de la cultura, el arte y las letras son para Alberto no un adorno exterior sino algo mucho más hondo, que tiene que ver con la revelación y el seguimiento de Jesucristo.

En unas conferencias al clero les decía que antes de hablar sobre los conocimientos teológicos, se ha de poner una sólida base en los profanos. Tal ha sido la tradición de los Padres de la Iglesia, que vieron la luz y las semillas del *Logos* Jesucristo en las luces de la cultura de Grecia (cita a Clemente de Alejandría, Cipriano, Lactancio, Agustín⁷). Y la enseñanza de sus doctores que han enseñado “que todo conocimiento humano puede servir para conocimiento y confirmación de la fe”, y menciona a santo Tomás, san Alberto, san Roberto Belarmino, san Francisco de Sales⁸.

El P. A.H. piensa “en el mundo de lo bello en el arte, en la cultura, en la literatura, en la música y hasta en la cultura corporal”⁹. Para él, “el mal gusto tiene consecuencias fatales... La falta de gusto formado es peligrosa para un sacerdote. Si éste no posee ningún sentido de la armonía, de la proporción, será también inseguro en el juicio de los hombres. Allí no habrá armonía entre lo verdadero y lo bello... A lo bello le corresponde un puesto tan esencial como a lo bueno y a lo verdadero. El mundo

⁷ Ver los textos del P. Hurtado en la recopilación hecha por el P. Álvaro Lavín, *Padre Hurtado Apóstol de Jesucristo*, Tomo II, *Su espiritualidad*, 2ª edición 1982, pp. 192-193.

⁸ *Ibid.*, 182.

⁹ *Ibid.*, 192.

de los valores es indisoluble: en la persona se juntan simultáneamente los valores éticos, metafísicos y estéticos. En la idea de la perfección, lo verdadero debe ser bueno y bello... Un santo hace al mundo más rico, más bello, más bueno”¹⁰.

Humanismo cristiano

El P A.H. observa: “Cuando desaparece la cultura humanística se introduce la barbarie”. Y se pregunta: “¿Deberá de nuevo la Iglesia salvar al hombre de la nueva barbarie de hoy?”¹¹.

Formación –dice– no es “saber de todo”. La formación apreciada es la que contempla a todo el hombre en el puesto que le corresponde en el universo”¹². «Formación es asemejarse a la primitiva forma divina. Comienza en el “Que te conozca a Ti y que me conozca a mí” de san Agustín. La formación debe llevar a cada uno a descubrir en sí aquel núcleo creador característico suyo, y a ponerlo en contacto con la chispa eterna. Este momento será Pentecostés. El que no ha descubierto su principio creador podrá adquirir cultura, podrá asimilar ciencia, pero no podrá modelarse él mismo orgánica y armoniosamente. No está formado... La formación ha de ser “Sabiduría”»¹³.

Pienso que la Universidad Alberto Hurtado tiene la tarea desafiante de actualizar y desarrollar esta herencia.

La época de Lovaina

Circunstancias internas de España hicieron que Alberto, después de algunos meses de iniciada la Teología, la continuase en Lovaina, donde estuvo desde 1931 a 1935. Lovaina era un centro intelectual de mucho prestigio. Contaba con profesores notables, como Pierre Charles y Émile Mersch, el moralista Carpentier, los escrituristas Lambert y Levie, el filósofo Joseph Marechal. Fueron hombres que marcaron rumbos a la renovación teológica de la Iglesia que llevaría al Concilio. Alberto se zambulló con su entusiasmo de siempre en ese medio, dejando fama de ser un muy

¹⁰ *Ibid.*, 192-193.

¹¹ *Ibid.*, 193.

¹² *Ibid.*, 192.

¹³ *Ibid.*, 194.

buen estudiante. Su inteligencia y gran capacidad de trabajo, le permitieron sacar simultáneamente la licencia en Teología y el doctorado en Pedagogía con mención en Psicología.

Los apuntes que nos quedan de esta época son sobre todo de carácter espiritual. En los de Teología se echa de ver una gran claridad y precisión de conceptos, su capacidad de estructurar una visión sintética de un conjunto amplio y complejo y su fuerte dedicación a los estudios. Parecen ser apuntes redactados después de clase, en base a notas tomadas en ellas, siguiendo la regla en tres pasos dada por la Compañía a sus estudiantes: entender, repetir y memorizar (14,1). Hay también notas de lecturas de autores muy valiosos, como Maurice de la Taille, sobre la Eucaristía; Henri Bremond, sobre la historia del sentimiento religioso; Jules Lebreton, de su libro sobre la vida y enseñanza de Jesucristo.

No aparece en ningún momento que la pesada carga de estudios que Alberto se echó encima haya alterado su unión con Dios, ni su paz interior, ni su trato amistoso con los compañeros de comunidad. Desde sus años de estudiante sabía que al jesuita le aguarda un trabajo muy intenso para “unir a las almas con Dios” (59,1).

Doctorando en Pedagogía con mención en Psicología

El interés de A.H. por la pedagogía le viene desde sus años en el Colegio de San Ignacio. Su director espiritual, el P. Vives, lo orientó no sólo a lo social sino también a lo pedagógico. En Europa sabía que al regresar a Chile iría a trabajar al Colegio de San Ignacio, que por los años 30 era la obra educadora más fuerte de la Compañía en nuestro país y la única casa en Santiago.

El Archivo Alberto Hurtado contiene dos carpetas de temas pedagógicos: en la N° 5 está la tesis doctoral sobre Dewey; la N° 13 agrupa 19 escritos.

En 45 páginas manuscritas anota las características de la educación primaria y secundaria de Italia, Bélgica, Francia, Alemania e Inglaterra. Con prolijidad estudia los programas, los horarios de clase, los sistemas de exámenes, los títulos requeridos de los profesores y la relación de la educación con el estado. A veces se detiene a hacer un croquis del edificio que visita. Se interesa tanto por las visiones globales como por los detalles (13,1,1-34). Siempre tiene a Chile en vista, como se ve en un documento llamado “Sugerencias para Chile” (13,2).

Otros documentos de la carpeta 13 tratan temas muy especializados, como: “Didáctica Experimental”, “Tests pedagógicos”, “Organización pedagógica moderna”, “Sugerencias sobre un internado en el campo” (13,4-19).

Conversación con el P. Castiello

Mención aparte merece el documento 13,14, en el cual, en 10 preciosas páginas, A.H. recoge ideas surgidas en una conversación con el P. Castiello. Era este Padre un jesuita mejicano, de gran talento humanístico y pedagógico, que falleció muy joven en un accidente de auto. De sus apuntes destaco los puntos siguientes:

* *Plan de un curso de Psicología experimental* (13,14,5): Para situar esto hay que notar dos cosas. Lo primero es que al menos desde enero de 1929, estando en Barcelona, rondaba en la mente de Alberto la idea de un “Instituto de Psicoanálisis” (13,5,2), lo que hace menos sorprendente que de su entrevista con el P. Castiello surgiese esta idea de establecer un curso de “Psicología experimental”.

Lo segundo es que Alberto, muy amigo de la Universidad Católica y de su Rector, don Carlos Casanueva, se interesaba por todo lo que pudiera ayudar al desarrollo de su *alma mater*. Éste fue el caso de la Facultad de Teología, a cuyo nacimiento contribuyó él en tal medida –buscándole su línea teológica, consiguiendo el grupo inicial de sus profesores y comprando en Europa las grandes colecciones de fuentes científicas–, que le valió este elogio del Rector Don Carlos: “Después de Dios y la fundadora (que donó la casa) a nadie le deberá esta Facultad tanto como a ti...”¹⁴.

Esta idea surgida de la conversación de Hurtado con Castiello contribuyó de hecho al desarrollo de la Psicología en el Pedagógico de la Católica. Pero desconozco el impacto que pudo haber tenido años más tarde en el origen de su Escuela de Psicología.

* *Plan de una Facultad de Pedagogía*: Va en la misma línea del punto anterior, y responde –como hemos visto– al interés desde temprano de Alberto por lo pedagógico. Tenemos aquí un primer esbozo de lo que ésta podría ser en un futuro cuando volviese a Chile.

* *Valor de las humanidades clásicas*: En estas páginas (13,14,6-9) el P. Hurtado valoriza las humanidades clásicas, dando 8 argumentos a

favor del latín. Pero, llevado de su natural realismo y buen sentido, termina con esta afirmación: “Lo esencial, en todo caso, es dar una formación humanista con la lengua que podamos y que parezcan exigir las circunstancias del país. Si por falta de tiempo u otra causa no podemos dar una formación humanista con el latín, intentarla y basarla en otra lengua” (13,14,8). Juntamente con estas ideas el P. A.H. desarrolla un breve proyecto de “cómo organizar un *juniorado* jesuita” (13,14,9), ideas que han tenido un impacto real en la formación humanística de los jesuitas.

* *Estudiar escribiendo un libro o un artículo*: Alberto anota este consejo del P. Castiello: “Una buena manera de estudiar es el escribir un libro o un artículo sobre un punto nuevo para el interesado”. Con admiración dice: “El P. Castiello me decía que él estudió su teología resumiendo cada tratado y escribiendo luego una poesía sobre él, para hacer pasar los conceptos del entendimiento al corazón y a la sensibilidad” (13,14,10).

Lo de estudiar escribiendo es algo que él ya había practicado desde sus años de alumno de derecho en la revista de la Congregación Mariana y, después, en sus ensayos del tiempo de estudiante jesuita. Y es algo que seguirá haciendo toda su vida.

La teología

Desde joven A.H. leyó encíclicas y libros de teología y espiritualidad. La teología de Lovaina lo marcó muy hondo y abrió a vastos horizontes su mente y corazón inquietos. Creía profundamente que la teología es “el gran estudio sacerdotal”, lo que “es mucho más que pasar exámenes sobre materias teológicas”¹⁵. Para él «no hay estudio más apasionante si se hace con seriedad. Si a algunos les disgusta hay que achacárselo a veces a los profesores de teología entre los cuales hay algunos “tan prudentes como perezosos” que se desentienden de todas las dificultades que hallan en el camino. De este modo evitan fácilmente preguntas molestas y alejan de sí a los preguntones, aunque también a los teólogos futuros...»¹⁶.

“La teología ha de ser ante todo un trato profundo y personal con la Palabra de Dios; un beber dicha palabra en la Escritura y en la Tradición”¹⁷. “... Debe abarcar la vida toda a la luz de la revelación...”; “...

¹⁵ A. Lavín, *op. cit.*, 183.

¹⁶ *Ibid.*, 184s.

¹⁷ *Ibid.*, 185.

es la ciencia de Dios y la suma más alta del saber humano...”¹⁸.

“¿Cómo estudiar la Sagrada Escritura? El espíritu de la Sagrada Escritura sólo se abre al estudio reflexivo, constante y lleno de cariño. Debe ocupar a todo el hombre: sentidos y corazón, inteligencia y voluntad... Así dará luz al entendimiento, calor al corazón, vida a la voluntad, espíritu al trabajo. Debe ser a un tiempo estudio y oración, reflexión e investigación, si ha de abrir el contenido del cristianismo”¹⁹.

“Una teología penetrada por el *LOGOS* exige un orden total universal, una concepción que abarque todo el mundo y en la cual tenga su valor y rango todo lo creado. ¡Un teólogo que calienta exámenes jamás tendrá visión personal del mundo en el que va a dar testimonio, no conocerá al hombre al que va a hablar, ni sus problemas!”²⁰.

“Cada Dogma debe ser fuerza de vida, pero para ello se requiere que el teólogo se esfuerce por liberarlo de su forma comprimida: esta forma no debe ser una tumba, antes debe ser la envoltura protectora de la que siempre brote la vida”²¹.

La tesis doctoral sobre John Dewey

La tesis de doctorado en Pedagogía se titula *El Sistema Pedagógico de Dewey ante las exigencias de la Doctrina Católica*. Fue dirigida por el profesor Buyse y sometida a la aprobación de los profesores de la Universidad de Lovaina el 10 de octubre de 1935. En su discurso de presentación Alberto agradece a su director de tesis “por haber puesto a su disposición su cultura, su tiempo y su interés en todos los instantes” (1,10,1). Como podemos ver, nuestro Alberto está en el corazón de la Academia, frente a un claustro de profesores muy distinguidos, ¡y sabe usar su lenguaje!

En su aspecto puramente exterior, la tesis tiene 220 páginas de texto y 28 de notas. Consta de una introducción y 12 capítulos, siendo el último una mirada evaluadora del conjunto.

¹⁸ *Ibid.*, 186.

¹⁹ *Ibid.*, 185.

²⁰ *Ibid.*, 187.

²¹ *Ibid.*, 188.

¿Qué mueve a este jesuita chileno, criado de niño en el valle de Casablanca, a escribir en francés sobre un pedagogo y filósofo norteamericano? Lo que lo mueve es algo muy ignaciano, y que fue creciendo en él siempre más: el *magis*, el mayor servicio de Dios. Porque de hecho, Dewey era el principal exponente de la “Educación nueva”, la figura más representativa del pensamiento pedagógico moderno, de enorme influjo no sólo en los Estados Unidos, sino en las reformas educacionales de Rusia, China, Japón, Alemania, India, Bélgica, Suiza y América Latina, por citar sólo algunos países.

La intención inicial de Alberto era aún mucho más amplia. Hubiese querido estudiar y desarrollar los fundamentos filosóficos de la “Educación nueva”, ligada tanto al empirismo inglés como a Kant y a Hegel. Pero por realismo debió restringirse a Dewey, porque lo otro era inabordable en un doctorado (5,2, nota 4).

En aquellos años muchos católicos rechazaban la posibilidad de aplicar en pedagogía las ideas de Dewey, por considerarlas inseparablemente ligadas a fundamentos filosóficos inaceptables.

A.H. se propone, como lo dice en el título, dar un juicio doctrinal sobre la obra pedagógica de su autor. Para ello emplea un enfoque genético evolutivo. En vez de concentrarse en la filosofía del último Dewey, señala cómo a lo largo de 50 años su pensamiento filosófico evolucionó muchísimo.

Alberto entra en un diálogo verdaderamente abierto con su autor, procurando recoger sus aportes positivos. Escribe: “La mayor parte de estas ideas filosóficas necesitan ser corregidas; sin embargo ofrecen sugerencias muy ricas y muy valiosas. Sus puntos de vista más fecundos son sin duda la creencia que él profesa en el carácter activo, realista de la inteligencia; en su poder de transformar de cierta manera la realidad; en la responsabilidad social de los individuos. Al abandonar el absolutismo hegeliano –donde todo está predeterminado– a favor del experimentalismo, este paso tiene el profundo significado de poner en valor la responsabilidad humana en un mundo dejado a nuestra actividad. Este reconocimiento de la libertad y del indeterminismo que ella supone, es una idea profundamente cristiana...” (5, pp. 104-105).

Alberto se defiende ante posibles críticas, diciendo que esta actitud de cordial simpatía y de espíritu conciliador está “muy de acuerdo con la actitud general de la Iglesia. Ésta nunca rechaza la menor partícula de verdad que

encuentra en el mundo. ¿No ha hablado acaso León XIII del “alma verdad” que esconde todo error? Todo lo que es verdadero interesa a la Iglesia, ella lo reconoce como suyo y se apresura a darle un lugar en la síntesis de su doctrina. Poco importa que estas doctrinas vengan de campos opuestos y aún que ellas hayan sido elaboradas con intención de dañarla...Esta capacidad de asimilación que posee la Iglesia es uno de los más grandes milagros. Ella hace suyos los principios extraños....Las nuevas doctrinas, aun las herejías, no son sino una ocasión de hacerla descubrir en el tesoro de la revelación nuevos aspectos y nuevas maneras de ver cosas a las cuales ella no había prestado atención hasta ese momento y que van a ayudarla a adaptarse a las exigencias de los tiempos que cambian” (5, pp. 209-210).

A.H. recoge de Dewey catorce puntos pedagógicos importantes. Destaco a modo de ejemplo algunos que ayudan a entender sus criterios y modos de ser cuando regresa a Chile:

- El niño es un todo y no un simple agregado de acciones y reacciones. De aquí la necesidad de que la educación integre el desarrollo del individuo con su adaptación al medio social para el crecimiento de la comunidad.
- Por lo mismo, el acento lo hemos de poner en “los intereses del niño como punto de partida de los estudios y como instrumento necesario para obtener su desarrollo”, pero sin caer en que la educación “sea dirigida por el capricho del niño”.
- “Se debe atribuir un gran valor a la actividad y a la libertad como medio de avanzar”.
- “La enseñanza debe ser individualizada, es decir adaptada a las necesidades de cada niño” (hoy diríamos “personalizada”).
- “El período escolar tiene un valor en sí y no se ha de considerar como un mero medio de preparación para la vida futura, para la preparación del adulto... Debemos desarrollar los intereses presentes del niño y explotarlos como medio de formación por su valor presente. Solamente obrando así estamos formando al hombre del mañana”.
- La educación ha de valorar los trabajos manuales, la pedagogía del juego, la continuidad entre el juego y el trabajo, entre el interés y el esfuerzo.
- Ha de promover “la integración íntima de la vida intelectual y moral, comprendiendo los aspectos sociales, uniendo el trabajo y el pensamiento”.
- La escuela es un camino de reforma social y “debería preparar los miembros de una democracia” (5, pp. 212-215).

Sus clases y escritos pedagógicos

En febrero de 1936, de 36 años, vibrante de entusiasmo con sus estudios acabados, el Padre Hurtado vuelve a Chile. Hay muchas esperanzas puestas en él. Lo nombran profesor de Religión y Director Espiritual en el Colegio San Ignacio y profesor de Pedagogía en el Seminario Pontificio de Santiago y en la Universidad Católica.

Prepara cuidadosamente las clases de pedagogía en el Seminario y en la Católica y las publica, primero en forma de artículos en la revista *Estudios* (7,1-8) y en la *Revista Católica* (6,1,11), y más tarde en libros: *La vida afectiva en la adolescencia*, *La crisis de la Pubertad y la educación de la castidad*. En sus clases cita profusamente autores europeos y norteamericanos, y seguramente los seminaristas se sintieron aplastados con tanta profundidad y erudición.

Frente a los nuevos movimientos de renovación pedagógica Alberto se mostró profundamente interesado y a la vez muy libre para criticarlos: “no todo es oro puro” (6,1,24). Contagia amor y respeto al niño, al adolescente y al joven (6,6,446-451). Invita a los padres de familia y educadores a ganarse la confianza de los niños, y les dice que “para gozar de su confianza hay que guardar perpetuamente la adolescencia del corazón” (7,8,32). A los profesores los insta a que los alumnos los vean como amigos, porque no basta instruir, hay que educar, “y lo que valoriza la vida no es la instrucción, sino la educación”. Porque después de todo, la instrucción da algo al hombre, pero no lo hace mejor y lo que importa en la vida no es tener algo, sino ser algo” (7,8,32). Para educar hemos de inspirar y entusiasmar (7,8,32). Hemos de cultivar en los educandos las virtudes humanas: la urbanidad, la educación, la cortesía, la caballerosidad, el respeto por los demás y por las cosas. No separarlas de las virtudes sobrenaturales porque “en el orden actual no hay virtud que sea puramente humana para el cristiano” (7,8,3-33).

En este mismo orden de cosas, el contacto con la belleza ocupa para AH un lugar primordial para canalizar la vida afectiva del adolescente: “Todo lo que es bello, noble, armonioso, por el solo hecho de serlo, educa. Por tanto el hogar y la escuela, aunque sean pobres, que sean bellos, sean hechos con gusto, que el mobiliario, los cuadros, los jardines, todo, refleje algo de belleza. El alma plástica del niño y del adolescente se va modelando al contacto con lo bello. Lo bello es bello porque es armónico y la armonía es el fundamento de un orden moral, la armonía que se manifiesta en el respeto de todas las relaciones esenciales de la naturaleza” (7,8,32).

Su impacto en Chile

Estas ideas pedagógicas eran muy de avanzada para el término medio de la educación chilena, tanto de la fiscal como de la particular. Insuflaban un aire refrescante y oxigenador al enciclopedismo de los cursos y programas de aquella época.

Su influjo pedagógico se extendió no sólo a los colegios jesuitas y de la Iglesia sino al conjunto de la educación nacional. Formó parte y contribuyó a la Comisión del Ministerio de Educación para revisar los estudios y programas de la educación secundaria (agosto 1938) y aportó a la creación de la FIDE primaria y secundaria, que aglutina en una federación a todos los colegios y escuelas particulares.

Además, fiel a su compromiso con el Rector de la Universidad Católica, siguió dictando clases de Pedagogía en el Pedagógico de dicha universidad. Y continuó su enseñanza y dirección espiritual en el Colegio jesuita de Santiago, propiciando, a partir de 1945, una reforma de la enseñanza de religión en base a estudios realizados por especialistas jesuitas de Europa (Padre Delcuve, de Bélgica; Padre Hofinger, de la teología *kerigmática* de Innsbruck) y de Estados Unidos (P. John C. Murray).

A estos aportes educacionales, que se refieren más bien a la educación escolarizada, habría que añadir su inmensa contribución a crear una conciencia social viva y operante, a renovar el interés de la juventud por los valores morales, a sacudir una fe católica individualista y dormida, a la formación de los obreros en las escuelas sindicales, a encontrar los valores educativos del cine.

Su amor a los libros

Alberto, de joven, había sido un buen lector. No de “novelitas rosa” sino de literatura y otros “libros serios” que lo marcaron en su vida. También había sido bibliotecario de la pequeña Biblioteca para obreros de la Parroquia de Andacollo. Este rasgo, —el amor a los libros, a leer y escribir libros—, lo acompañará toda su vida. Ya le escuchamos el consejo del P. Castiello de escribir un libro para entender bien un problema. Asimismo, su esfuerzo en Europa para comprar libros para la Facultad de Teología.

Pero hay más que decir. Ya próximo a su regreso, con ayuda del Ministerio de Relaciones Exteriores, que lo revistió para ello de un cierto cargo diplomático, se las ingenió para que le regalaran una biblioteca

especializada en Ciencias de la Educación y Psicología, con la condición de organizar en Santiago una Exposición del Libro. ¡Da que pensar que haya sido A.H. unos de los primeros en traer a Chile las obras en alemán de Freud, Jung y Adler!

En el cuarto en que atendía a los jóvenes tenía un estante con unos doscientos libros para prestar y un cuaderno donde los anotaba. Es interesante revisarlo. Muestra que A.H. prestaba libros buenos y surtidos: filosofía, literatura, historia, vidas de Cristo, espiritualidad, política, doctrina social. No es unidimensional sino amplio. Los que los sacaron han sido personas que por lo general se destacaron como cristianos en su labor profesional (67).

Alberto se preocupó de la difusión del libro y de la buena prensa. Existía en el Santiago de los años 40 la librería católica “Splendor” y él se esforzó por darle un carácter más profesional. Más tarde, en su viaje a Europa de 1947, contactó a la Congregación de los Paulinos —que tienen por carisma la difusión del libro católico— para que la tomaran a su cargo, cosa que siguen haciendo hasta hoy día, extendiéndose por todas las ciudades grandes del país.

Se movió para hacer traducir varias obras importantes de formación, como los dos tomos de *La vida de Nuestro Señor Jesucristo*, del misionero jesuita en la India Alban Goodier. Y él mismo escribió 12 libros y muchos artículos e informes durante sus 16 años de vida sacerdotal en Chile. Los que lo conocimos tenemos el recuerdo de cuando se iba en el verano a Calera de Tango con una maleta de libros grandes, y después nacía uno suyo.

“Estar al día”

Su rutina en Chile le deja espacios para estudiar y preparar las clases, conferencias y retiros con sus libros favoritos de teología y con revistas de actualidad teológica, pedagógica y social. Leyendo su Archivo hace 22 años encontré apuntes de clases que le escuché en el colegio el año 1944. Fue una clase muy impactante sobre la cultura y la religiosidad de la Rusia milenaria. Un enfoque totalmente distinto del anticomunismo fanático que conducía a identificar a Rusia con el marxismo de Lenin, estigmatizándolo todo.

¿Se puede saber cuáles fueron sus libros preferidos? Sobre el primero del ranking no cabe ninguna duda: los *Evangelios*, donde se empa-

paba de Cristo; las *Cartas de san Pablo*, que le trasmitían fuego apostólico. En una palabra, la *Biblia*. Muchas veces su lectura bíblica terminaba ante el Santísimo Sacramento, preguntándole al Señor resucitado: “¿Qué harías Tú hoy en mi lugar?”.

Entre sus autores modernos predilectos, que constituían su marco referencial estable, estaban el Cardenal Newman y los jesuitas Grandmaison, Lebreton, y de la Taille. Se apoyaba mucho en los libros de Karl Adam sobre Jesucristo y la Iglesia y los recomendaba como lectura. Por la segunda mitad de los cuarenta, se encontró con *El Medio Divino*, de Teilhard de Chardin e incorporó algunas ideas de este paleontólogo, místico de la evolución, a sus propias reflexiones y escritos. Recordemos que en aquel tiempo los escritos de Teilhard sólo podían circular como apuntes mimeografiados.

Estar al día es para él una obligación importante. Tiene que orientar a muchos desde la sala de clase, el púlpito y la dirección espiritual. Los Obispos lo han nombrado Asesor Nacional de la Acción Católica de Jóvenes y su palabra es escuchada con avidez por miles de jóvenes a lo largo del país y muchas veces lo invitan a dar conferencias a otros países.

La desorientación mundial de la juventud –tironeada por el nazismo, el fascismo, el comunismo, el individualismo y la increencia occidental– es muy grande. Además, el P. A.H. recibe muchas consultas: ¿qué hacer con mi niño tan difícil?, ¿cómo cumplir la enseñanza de la encíclica *Casti connubii*, respecto al control de la natalidad?, ¿podemos los católicos formar otro partido político?, ¿no es justa la huelga que queremos hacer?, ¿qué pensar de un sindicalismo católico?

Para mantenerse al día de los acontecimientos mundiales y en especial de la evolución de la Iglesia, lee revistas de formación en castellano (*Estudios, La Revista Católica, Criterio, Sal Terrae*); en inglés (*Social Order, Theological Studies*); en francés (*Nouvelle Revue Théologique, Études, Revue de l'Action Populaire, La vie Intellectuelle*); en alemán (*Stimmen der Zeit*) y en italiano (*La civiltà catolica*). En esta práctica suya podemos entrever el origen de la revista *Mensaje*.

Para estar al día conversa también con diversos especialistas que le inspiran confianza, comenzando por supuesto por su amigo Manuel Larraín, hombre de muchas relaciones y que se mantenía siempre bien informado del acontecer mundial y de la Iglesia.

Para estar al día se impuso la disciplinada tarea de hacer cada dos años su propio balance de la situación de la Iglesia y el mundo en Chile y en otras naciones y continentes. Son interesantísimos²².

Ya en 1939 escribe un ensayo global sobre las características de la juventud de la pre-guerra. Es consciente de la dificultad de la tarea. Caracterizar una época es algo sumamente complejo. “No es fácil decir que una época sea mejor o peor que la que le precede, pero sí que es diferente. Quienes menos aprecian las cualidades propias de una época, son los que están sumergidos en ella, porque les falta el punto de comparación” (7,10,39). Después de la guerra escribe dos artículos sobre los jóvenes de la post-guerra (Mensaje en 1951 [8,4,5,6]).

Su libro *¿Es Chile un país católico?* (1941), que conmovió a la Iglesia, pertenece al mismo género literario de estudio y balance de la realidad en un momento dado. En parte pertenece también a este tipo el libro *Humanismo Social* (1946). Lo mismo, el informe que presenta al Papa Pío XII sobre la realidad social, económica, política y religiosa de Chile (Sept. 1947 [62,1 y 2]) y los informes periódicos que entrega a su Provincial (62,31,40, etc.).

Sus juicios y balances del mundo y de la actualidad eclesial, como también de las cosas de la Compañía, tienen seis características muy suyas:

1. Son realistas, basados lo más posible en datos de la realidad. Nada de impresiones vagas o subjetivas. Acude con frecuencia a estudios sociológicos.
2. Hay en él un *a priori* favorable a las nuevas situaciones, no es negativo ni condenatorio. Funciona con el “Presupuesto” de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, de que nuestra primera reacción sea tratar de entender bien lo que dice el otro.
3. Juicio crítico inteligente y matizado, separando lo que sirve de lo que daña.
4. Libertad, franqueza y humildad para exponer su propio parecer.
5. Mirada siempre esperanzadora.
6. Búsqueda y propuesta de soluciones eficaces. Nada de lamentos desesperanzados ni de descalificaciones ofensivas. Era fuerte, y para él lo propio del cristiano es construir (62,59,1-2).

²² Ver en el Archivo A.H. las carpetas: 29,1: en Francia; 4 y 6: en Rusia; 7: Estados Unidos; 10: Juventud Católica de Alemania; 12: México; 15: América Latina; 20: el Budismo y su extensión en América Latina y Europa.

Conversaciones en los viajes

Sus viajes (1945 a Estados Unidos y 1947 a Europa) fueron una maratón de ponerse al día. Conversó con especialistas, observó mucho, leyó intensamente, tomando apuntes de sus conversaciones y lecturas. De sus notas de este viaje podemos ver que se *aggiornó* en Biblia (15,1: Lagrange); leyó la *Gramática del asentimiento* del Cardenal Newman, pensando en un nuevo enfoque de las clases de religión; estudió la moral del justo salario (15,3: notas de Nell Breuning); algo de religiones comparadas (15,10). Conversó con el jesuita John C. Murray y leyó sus estudios sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado y la libertad religiosa (28,1). Visitó la “Ciudad del niño” en miras al Hogar de Cristo y se familiarizó con el catolicismo norteamericano, sus fortalezas y debilidades (5,3 y 4).

Pero sin duda fue el viaje a Francia de 1947 el que le produjo un mayor impacto. En carta a la Sra. Rebeca J. de Francke, del 25 de septiembre 1947, le dice: “..mi vida es como un biógrafo de impresiones: congresos, conferencias, entrevistas, lecturas. Tal vez nunca había tenido unos días más llenos de impresiones aplastantes por lo que significan; son impresiones que uno aprende, no para admirar, sino para realizar” (65,49).

La Europa de post-guerra de 1947 era una ebullición de nuevas ideas, personalidades, enfoques y proyectos. Alberto toma contacto lo más que puede, piensa, escribe y reza. Recorriendo sus apuntes nos maravillamos del abanico tan enorme de sus intereses, muchos de los cuales anticipaban y preparaban el Concilio Vaticano II. Menciono sólo algunos: el ecumenismo (17,1), la maldad intrínseca de la guerra moderna (anticipa un tema del Vaticano II [17,2]), la teología del laicado (17,5: *idem.*), la hipoteca social de la propiedad (17,5), la tendencia mundial a la socialización (17,5), la teología del trabajo y de la técnica en una nueva civilización (17,5: Chenu), la evangelización de los obreros en su medio (17,5), los cambios estructurales (17,5,1), la amistad sacerdotal.

“No para admirar, sino para realizar”

Es característico de la estructura mental del Padre Hurtado llevar el pensamiento a la acción. Como dice a Rebeca Francke, “uno aprende, no para admirar, sino para realizar”. Por eso:

- Cuando le duele la situación de la Iglesia en Chile, y que el pueblo vaya perdiendo su fe católica, escribe un informe prolijo y bien documentado, va a Roma, consigue una entrevista

con el Papa Pío XII, le expone francamente lo que él piensa y le entrega personalmente el documento que había preparado.

- Al descubrir la nueva manera de evangelizar de los sacerdotes obreros en Francia, sabiendo que en Chile hay situaciones análogas, busca y consigue que los Hermanitos y Hermanitas de Foucauld vengan a Chile.
- Prepara con muchos estudios previos y por fin pone en marcha la Acción Sindical Chilena, para fortalecer la formación de los trabajadores y apoyarlos en sus justas luchas.
- Siente la necesidad de una revista de orientación cristiana, y funda *Mensaje*.
- Para asegurar la vida del Hogar de Cristo, organiza la “Fraternidad del Hogar”, que es una asociación de personas voluntarias, que se comprometen a entregarse totalmente a su servicio. Y para la educación y el acompañamiento de los niños invita a la Congregación de Don Guanella a venir a Chile para abrir un hogar de niños en Colina y hacerse cargo de su formación.

Así es el P. Hurtado: Lo que aprende es para realizarlo; es pensamiento que se hace acción.

Un bosque frondoso

El tema del P. Hurtado y el estudio es como adentrarse en un bosque del sur. A medida que penetramos, surgen nuevos senderos que deseáramos recorrer. Lo dicho hasta el momento es apenas un comenzar a internarnos en este bosque profundo, lleno de claros de luz, de cantos de pájaros y de cosas hermosas.

Queda todo por decir sobre la docena de libros que escribió, en los que Alberto invirtió tanto esfuerzo y esa creatividad tan suya de poner en fácil cosas que se suelen decir en difícil.

Faltaría comentar con cuánto cariño y estudio preparó la pedagogía con que el Hogar de Cristo debería acoger y formar a los niños. ¡Son notas que conmueven!

Habría que analizar su ponencia sobre “Iglesia y Estado”, presentada en el Congreso de Moralistas de enero 1948, en Lyon, Francia, en la que él toma una posición juzgada en aquella época demasiado de avanzada.

Igualmente, para conocer mejor su mente inquisitiva, que por todas partes busca fragmentos de verdad, “chispas del *Lógos* Jesucristo”, tendríamos que decir algo sobre sus lecturas de Sartre y de Camus, y los artículos para *Mensaje*, que de allí salieron. Lo mismo, sobre sus cartas, en las que se revela tan humano, hondo y reflexivo.

Pero debo ya terminar. Y lo haré refiriéndome a un solo escrito, que valga por los muchos que aquí omito comentar. Se titula *Medios divinos y medios humanos* (19,13), y ha sido publicado en *Mensaje* y, luego, en un librito que escribí, titulado *La personalidad espiritual del P. Hurtado*. Lo destaco por ser la respuesta lúcida y penetrante a la acusación más fuerte que él recibiera: la de ser un activista del apostolado, de poner excesiva confianza en los medios humanos, descuidando la gracia sobrenatural, la humildad y la mansedumbre (64,18,1-2).

La respuesta del P. Hurtado es una obra maestra de inteligencia, buen tino y humildad. Buen conocedor y amante de la historia de la Iglesia, se remonta al siglo V para iluminar el tema con el pensamiento de san Agustín ante los ataques del rígido monje Pelagio. Con lucidez genial recorre las expresiones modernas de esa antigua controversia, que por los años 40 se plasmaban en posturas extremas: contemplación *versus* acción, catolicismo social *versus* piedad litúrgica, libertad *versus* obediencia, sumisión a la Iglesia *versus* confianza en la asistencia del Espíritu de Verdad, etc.

Para el P. Hurtado “nada unilateral es cristiano” (19,13,1). Piensa con profundidad el problema teológico-filosófico del actuar de Dios en medio y dentro del actuar humano. No se satisface con una respuesta teórica al problema, como se suele hacer en filosofía y teología, sino que busca un criterio de discernimiento y acción cristianos. Lo encuentra en lo que constituye el fondo más profundo de Dios Padre: su amor que quiere darse de manera desbordada, sin medida.

No hay nada que pueda poner límites al deseo de Dios de que nos unamos a su obra salvadora en Cristo Jesús, salvo nuestras mezquindades y nuestras propias desconfianzas. El Padre quiere tenernos como hijos muy activos, colaboradores en Cristo para instaurar su reinado en toda la creación. En la medida en que nos acerquemos a Él con atrevimiento filial, con confianza de hijos, Él no dejará de darnos las fuerzas para realizar cosas siempre mayores. Así se supera la falsa oposición entre medios humanos y medios divinos.

Decantaciones

Decantemos de lo expuesto algunas de las características de este santo estudioso. Había un substrato familiar favorable que lo predisponía al esfuerzo y al estudio. Tiene una personalidad generosa y apasionada, que gracias a la formación familiar austera y al apoyo del Colegio, la encauza ordenadamente por caminos de superación y servicio a los demás.

Alberto siempre decía que una voluntad fuerte se desarrolla ante la presencia de un ideal. Para él este ideal fue Cristo, que lo llamó al sacerdocio en la Compañía de Jesús. Ayudado por la oración, los sacramentos y el acompañamiento espiritual, fue creciendo en unión y entrega a Cristo y en deseos de servirlo. Estoy persuadido de que el amor y el deseo de servir a Cristo, al Cristo completo, han sido el factor más marcante del desarrollo intelectual del Padre Hurtado, en toda su riqueza y variadas facetas. Él vivió y estudió con un tinte y una relación a Jesucristo: por Él, con Él y en Él. Por mucho que esto suene a mística piadosa, pienso que es verdad y que desconocerlo sería alterar la realidad.

Una vez salido del colegio, teniendo en miras el sacerdocio, Alberto se dedicó con ahínco al estudio y aumentó su capacidad de trabajo intelectual, alcanzando niveles de rendimiento muy por encima de lo corriente. Estudia con entusiasmo y constancia, rigor y método. Por naturaleza más bien tímido, se esfuerza por mejorar en la expresión oral y escrita. Expone su pensamiento con claridad, convicción y un cierto grado de buen estilo.

Su inteligencia es realista, busca conocer y se somete a los datos objetivos. No es fantasiosa. Posee un gran talento organizativo. No se contenta con el “pensar” sino que busca el “hacer”. Siente que las ideas son para ponerlas en práctica (¡como el *dabar* bíblico!). Esto es un rasgo muy suyo. La necesidad del “hacer” lo mueve a buscar colaboradores y a crear redes: la Acción Católica, las Congregaciones Marianas, el Hogar de Cristo, la ASICH, etc. No siente haber hecho lo bastante antes de realizar todo lo posible. Y cuando no puede más, entonces le encomienda todo a Dios para que Él haga lo que sea su voluntad.

Su inteligencia realista lo lleva a buscar la verdad por sus pasos. Es un pedagogo por naturaleza y por formación.

Pudo haber sido un investigador destacado y un académico brillante, si se hubiese sentido llamado por Dios a dedicarse a esto de por

vida. Dio abundantes pruebas de capacidad y constancia de poder serlo. Sin embargo las necesidades de la Iglesia lo llevaron por otros caminos. Pero conocía bien lo que es el nivel y el rigor científico y era capaz de trabajar a fondo en temas complejos y difíciles.

No es un hombre de visión estrecha sino de horizontes muy amplios. Es capaz de interesarse por los problemas teológicos, por las cuestiones de pedagogía, de literatura, de filosofía, de psicología, de sociología, de política, derecho del trabajo, historia de la Iglesia, situaciones eclesiales de otros países como América Latina, Rusia, Francia, África, Estados Unidos de Norteamérica.

Amante de lo sólido, sin dejarse fascinar por la novedad, es al mismo tiempo un hombre abierto a lo moderno. Se resiste a la afirmación del *nihil novi sub sole*, de que todo lo actual ya ha sido dicho por los autores antiguos.

En la línea de la inteligencia emocional, posee un gran don de empatía: de adaptarse al otro, entrar en sus problemas, vivir desde dentro su situación interior. Hemos visto este rasgo en su acercamiento a la filosofía y literatura no católica. Pero donde esto más relucía era en su relación con los demás. Lo que hizo, en frase de su Rector en Lovaina, que todos los quisieran: “Querido por todos”.

Termino reiterando el regalo y el desafío que constituye san Alberto Hurtado, como intelectual estudioso, para toda universidad, y especialmente para ésta que lleva su nombre.

¡Muchas gracias!

*Teólogo San Joaquín
Calle Chopin 3139
Comuna San Joaquín
Santiago, Chile*